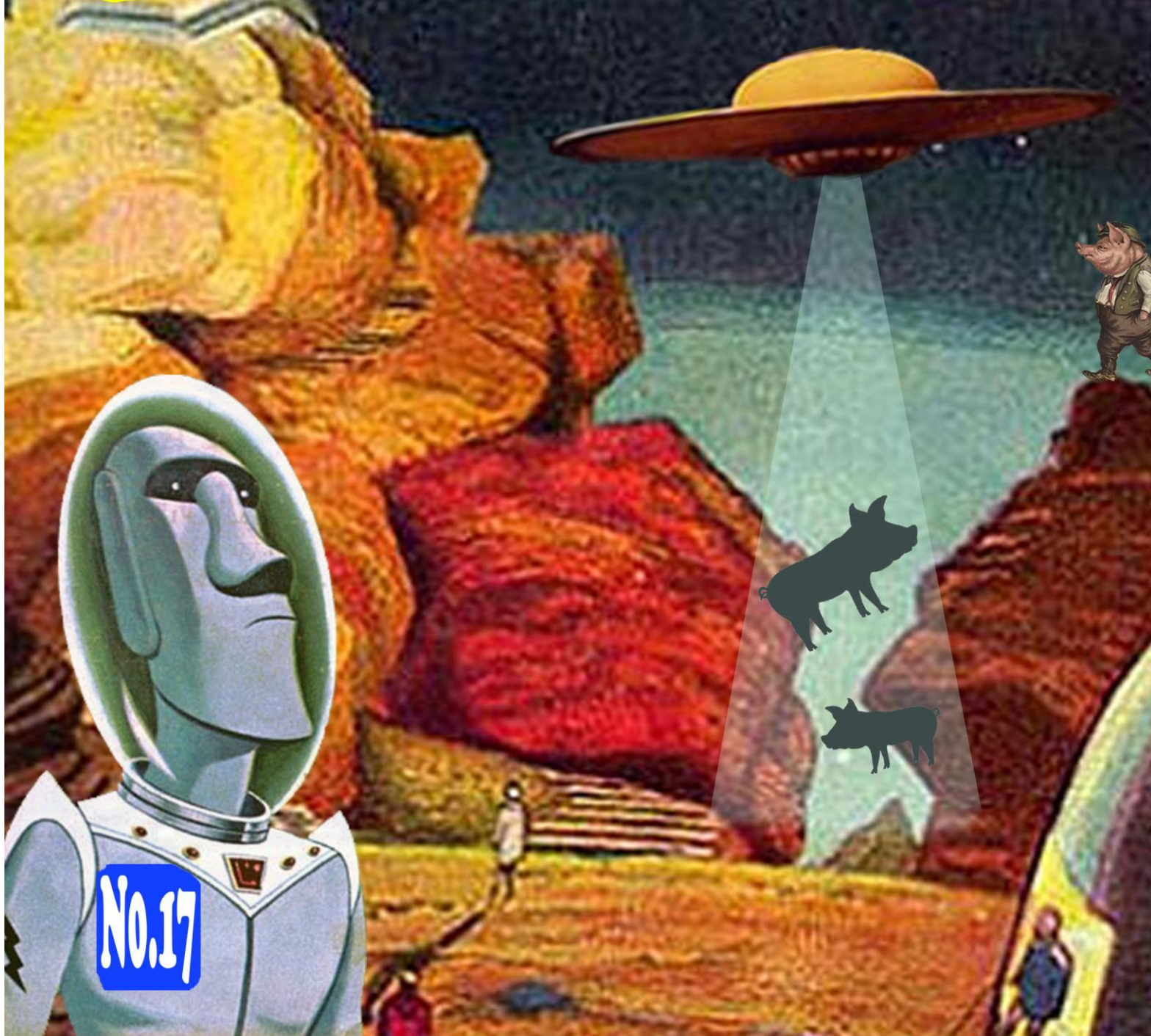


SUPLEMENTO
CULTURAL
DE LA CALLE

El mal del puerco



Revista mensual de letras y otras perversiones Año 2 Número 5 MAYO de 2014

El Mal del Puerco

El suplemento cultural de la calle



**Revista mensual de letras y otras perversiones. Año 2. / Número 17 /
mayo de 2014**

Presenta:

**El Número de Ciencia-
Ficción.**

Índice

Editorial.....4

Obsequio de Partida El Capitán Tocino.....5

Llegando a casa

Ano Nimo.....12

Mórbido Amor

Chamaca del demonio.....16

Cielo Raso

Cabramutis.....21

El consultorio de Tito Piñero.....25

**Síguenos en Twitter: @ElMaldelPuerco Facebook:
Facebook/elmaldepuerco**

**En nuestro blog podrás encontrar los números
anteriores <http://elmaldepuerco.wordpress.com/>
Colaboraciones, dudas, aclaraciones, comentarios,
insultos y demás, háznoslas
llegar a:**

elmaldepuerco@gmail.com

Este mes el diseñador nos cumplió, y con creces, al elaborar lo que tal vez podríamos presumir de ser la mejor portada de una revista online de bajo presupuesto jamás hecha. El problema es que nuestro talento de escritores no supo emparejarsele; por ello, lo sentimos.

Pero la vergüenza nunca nos ha detenido. Esa, es una virtud digna de aplaudir. Este mes presentamos una revista, digamos dividida. Los dos primeros cuentos pertenecen al número de este mes y se cifran bajo la temática de la ciencia ficción. El primero, del *Capitán Tocino*, relata la historia de un día que se repite hasta que la víctima entiende en dónde radica la salida del ciclo; el segundo, de *Ano Nimo*, es de una adolescente que queda atrapada en un universo paralelo.

Para continuar con la segunda parte de la revista tenemos un cuento de *Chamaca del Demonio*, a quien le debíamos la disculpa de haber perdido su texto y olvidar publicarlo en el número anterior, y como siempre pagamos nuestras deudas, pues la publicamos este mes. No se preocupen, el responsable de semejante desliz ha quedado advertido. También tenemos la participación de una nueva colaboradora: *Cabramutis*, que por culpa del mismo incompetente responsable del error anterior, no se enteró del tema de este mes. Sobra decir que también por esto fue advertido. Y para finalizar, nos queda la columna del reaccionario Tito Piñero. Quedamos a vuestra merced.

Obsequio de partida.

por *El Capitán Tocino*

Esa mañana no tenía que haber acompañado a papá, o tenía que acompañarlo, puesto que lo pasado es imperativo, no especulativo. No quise ir a la escuela, necesitaba romper de alguna manera, aunque fuese brevemente, con la obligación impuesta de asistir a clases todos los días de lunes a viernes por varios meses consecutivos. Necesitaba sentir que en mi vida había más acuerdos y menos imposiciones, aunque no fuese sino un engaño imaginario transitorio. Además yo era mucho más chico que ahora y al verse uno en retrospectiva, casi siempre se lo perdona uno todo, incluso la inocencia.

Estaba a punto de terminar la primaria, papá y yo vivíamos solos desde casi siempre. La verdad es que no recuerdo a mamá, únicamente sé quién es por unas fotos que papá guardaba. Entre los dos manteníamos limpia la casa o lo intentábamos, y cocinábamos nuestra comida. Desde muy pequeño papá me enseñó a tomar el transporte público, a memorizar la dirección de la casa, el teléfono y la ubicación de su oficina, el número de taxi o camión en que me subía, los nombres de las calles de la ciudad, ubicar siempre el norte, el sur, el este y el oeste en cualquier lugar.

La primera vez que le inventé a papá que estaba enfermo para no ir a la escuela, estaba nervioso pero me arriesgué, iba apenas en el primer grado de la primaria. Supe de inmediato que él no creyó ni una palabra, porque me dijo “Si no quieres ir no vayas”, y no fui. Mis calificaciones no eran malas, sólo necesitaba un respiro que papá no me negó. Me invitó a ir con él a su oficina para que no me quedara solo en la casa, y como además me

prometió pasar a comer tacos a un lugar que nos gustaba mucho, acepté. Como esa vez hubo después muchas, algunas me quedaba en casa a jugar solo, a descansar de todo, otras lo acompañaba. Al día siguiente yo iba de nuevo a la escuela con una hoja escrita por mi papá donde le explicaba al profesor el porqué de mi ausencia. A veces era fiebre el pretexto, otras alguna infección estomacal. Con papá se podía hablar siempre, creo que se debe a que era demasiado inteligente como para darle importancia a nada, o como para ponerse serio o formal con un niño. Los dos entendíamos que yo tenía que ir a la escuela, pasar de año, aprobar las materias con facilidad, y eso era suficiente. Al final, creo que eso es lo que más extraño de papá, con él no tenía que hablar demasiado ni excusarme o esconderme porque nos entendíamos.

Papá traía problemas con unos tipos que quisieron defraudarlo. El sólo quería su dinero de vuelta pero ya lo habían gastado; eso lo sé porque he leído todos los documentos del proceso legal que se entabló entre papá y ellos. Asesinar por dinero no lo entiendo aún hoy, no comprendo cómo se llega hasta una resolución como esa. Pienso que nunca podemos comprender lo que nos tomó por sorpresa, y que salir de la sorpresa, es básicamente en lo que consiste la vida.

El día del que hablo falté a la escuela y estuve todo el día con papá. A las cinco de la tarde, ya todos habían abandonado la oficina, menos papá que repasaba unos documentos. Al fin, apagó su computadora, tomó el sacó del respaldo de su silla, se lo puso y me hizo una seña con la cabeza. Bajamos juntos los escalones hasta llegar a la entrada mientras planeábamos a dónde ir a cenar. Al salir del edificio, en la calle, mientras esperábamos un

taxi, vi como un hombre se acercó por la espalda de papá fija su mirada en él, pendiente de que no volteara. Cuando estuvo a dos metros se precipitó con un brillo plateado sobre la espalda de papá. Me quedé petrificado en ese momento, sentí que podría haberlo evitado, no había visto lo que traía en la mano pero claramente me percaté de que su atención estaba centrada en papá.

Papá cayó sobre la banqueta. La ambulancia no tardó en llegar, pero tampoco papá en morir. Por la noche, fui a la casa. Me le escabullí a las enfermeras que pidieron me quedara quieto mientras llegaba alguien que aclarara mi situación.

En la casa, apenas aterricé en el colchón de la cama de papá, me quedé dormido. Creo que pasó mucho tiempo en esas horas que estuve en la cama o más bien siento que no pasó tiempo en absoluto, que el tiempo de alguna manera se consumió, en vez de hacinarse en el pasado sin misericordia, siento que en el curso del tiempo hubo una implosión, como si el tiempo hubiera sido negativo, en vez de positivo.

Todavía se mezclaban en mi cabeza los sonidos de la realidad con los sueños, cuando empecé a oír ruidos en la cocina. Primero el sonido habitual de un sartén puesto sobre la estufa, luego un vaso tomado de la alacena, de inmediato, la convicción de que eso no podía estar sucediendo, debido a lo que había acontecido el día pasado. La incongruencia hizo que me despabilara súbitamente y al poner los pies en el suelo, me percaté de que estaba en mi cuarto, ya no en la cama de papá. Salí hacia la cocina y papá preparaba el desayuno. Me saludó cariñoso, yo en cambio sufrí una suspensión de toda actividad en mi cuerpo, estaba atónito, como si algo se hubiera partido. Lo abracé con mucha fuerza, le di

besos, y le dije que le quería. “¿Te gustaría ir a la oficina?”, ofreció con gesto cómplice, yo dije que sí, mi intención era pasar con él todo el tiempo posible.

Al pasar el día me calmé poco a poco, llegó un momento en que me ofrecí un trato, esto es raro me dije, pero podía ser que por una vez has tenido un sueño demasiado vívido, o la imaginación se apoderó de ti. Estuve con papá todo el día en la oficina, pasamos a comer tacos al lugar preferido, vimos a cada uno de los trabajadores irse a casa. Papá repasaba unos últimos documentos antes de cerrar los programas de su computadora y apagarla. Al pie de la escalera tuve una aprehensión muy fuerte, quise detener a papá pero él siguió escaleras abajo. Afuera, en la banqueta mientras esperábamos el taxi, un hombre al que de inmediato reconocí se acercó a papá por la espalda. Le grité a papá para advertirle del hombre y aunque intentó esquivar el corte no lo logró del todo. El hombre corrió hasta la esquina y dobló. Estaba herido pero respiraba y podía hablar al llegar la ambulancia. En el hospital me dieron aliento varias enfermeras y el doctor de papá. Todo había salido bien, papá estaría en casa en dos días. Yo tenía que descansar, así que me condujeron a una sala donde había un sillón que me sirvió para dormir. Era un sillón negro de piel, enorme, muy cómodo, de inmediato te hundías en él. Una enfermera me ofreció una manta, al cubrirme sentí alivio, pero no podía entender los dos últimos días, o la repetición de un mismo día. Había logrado evitar que asesinaran a papá. Utilicé como almohada el brazo del sillón. En mi cabeza se mezclaron los sonidos del hospital con los sueños. Ya dormido me invadió una penetrante angustia, por un momento tuve la impresión de que todo estaba doblado, de que todo se duplicaba sobre sí mismo muchas veces, el sillón estaba doblado sobre sí mismo, el piso también, las paredes, el techo,

como si fueran un pliego de hojas, unas sobre otras, pero sólo pudiera verse la hoja frontal, sin adivinar que detrás había varios cientos más.

Un momento antes de abrir los ojos, escuché el sonido del agua al correr por el inodoro, y al inodoro eructar una vez engullida toda la corriente. No recordaba que hubiera un baño en el cuarto donde me dejaron pasar la noche las enfermeras. Acostado sobre mi lado derecho vi horizontalmente, pegado a la pared, un póster de un jugador de basquetbol. Era mi cuarto de nuevo. La puerta del baño se cerró, y escuché pasos familiares llegar hasta mi cuarto. Papá me saludó, me dijo que me levantara a desayunar, se me hacía tarde para ir a la escuela. “No quiero ir papá”, le dije sin aducir ningún pretexto. Aceptó de buena gana, aunque le pareció un poco raro (lo sé por sus gestos), que no acompañara la petición de alguna enfermedad inventada. Quizá pensó que me estaba volviendo un poco cínico, pero no hizo escándalo por ello. Ese día me sentí agotado desde el principio. No alcanzaba a dilucidar los acontecimientos previos a mi despertar, tuve la sensación de estar estancado y de ser incapaz de seguir adelante. Tuve ganas de dormir largo tiempo.

Acompañé a papá a la oficina y salí a caminar mientras él trabajaba. Llegué a una plaza donde había un local con videojuegos, y me quedé ahí hasta pasadas las cinco y media de la tarde. Creí comprender que algo sucedía inevitablemente, y que si era así yo debía actuar de manera imprevista para alterar la consecución de ciertos hechos que no tenía bien en claro, y que sólo mucho tiempo después empezaron a ordenarse y cobrar cierta coherencia dentro de mi cabeza. Pensé que papá esperaría enojado por mí en la entrada del edificio o en su oficina. Cuando alcancé a ver el edificio donde trabajaba papá vi a una

multitud alrededor de alguien. Seguro que se trataba de papá corrí lo más aprisa que pude, y empujé a la gente para que me abriera paso. Era él, tendido en el piso muerto. No me acerqué a su cuerpo. Me alejé de la muchedumbre pensativo. Caminé durante muchas horas. Imposible negar que el mismo día se repetía, pero, ¿con qué propósito? Ya noche, encontré un parque y me recosté en una de las bancas que ahí había. Estaba cansado y no le encontré sentido a caminar hasta la casa si, como ya lo suponía, iba a despertar de nuevo en mi cuarto. No sabía qué pensar, ni a quién decirle lo que ocurría. Tampoco sé porqué no podía decírselo a papá, pero sé que de alguna forma era una orden que se me daba y que no era mi elección el acatarla o no. Yo sabía qué iba a suceder pero no entendía el porqué.

Desperté en mi cuarto, sin embargo no había ruido en la casa, permanecía callada. Crucé la puerta y atravesé el pasillo hasta llegar a la cama de papá en puntillas. Al acercarme le oí roncar. Eso me alivió y no quise despertarlo. Tal vez así no iría al trabajo, cobré nuevas esperanzas. Papá se levantó tarde, eran ya las nueve y media de la mañana. Me dijo que había descansado como nunca, pero había que ir a trabajar. Le pedí que no fuera. “Por hoy es suficiente con haber dormido todo lo que quise”, dijo. Me preguntó porqué no había ido a la escuela y le dije desganado que no quería ir. “Acompáñame al trabajo entonces, ¿no?”. Hubiera preferido no ir, pero no pude decírselo, algo me empujaba a estar con él ese día. Lo vi detenidamente a lo largo de aquellas horas. No sabía si sentirme mal porque estaba a punto de morir, o sentirme bien porque mañana estaría de nuevo conmigo. Estudié su rostro, las ojeras debajo de sus ojos negros, el impecable peinado de sus cabellos castaños, su prominente nariz. Miré su cuerpo mucho más alto que el mío,

grueso en el torso, y sus movimientos gentiles, como si hubiera en ellos siempre una sutil transición, y nunca una torpeza brusca. Empecé a entender. Pasadas las cinco tomó el saco del respaldo de su silla, aflojó su corbata y me hizo la seña para que me levantara del sillón y partiéramos, me le acerqué y le puse mi mano en su mejilla. La barba había crecido desde la mañana en que su rostro había quedado despejado de toda intrusión. Me sonrió y me sacudió el cabello. Bajamos las escaleras, llegamos a la entrada del edificio. Un obsequio humilde, una oportunidad de despedida, eso era todo, al fin lo entendí. Lo abracé por última vez, y le dije lo mucho que lo quería. Se le salió una lágrima a papá y me abrazó muy fuerte. Cuando vi al hombre acercársele, volteé hacia otro lado, como si estuviera distraído (no quise ver a papá caer, para recordarlo de otro modo)...el suelo se cimbró al caer su cuerpo.

Llegando a casa

por *Ano Nimo*

Cuando llegué a casa ayer en la noche mi padre estaba en la sala viendo las noticias en la televisión, aventé las llaves en la mesa del comedor y lo salude de lejos antes de ir a la cocina. Apenas me dijo hola, ni siquiera volteó a verme, creo que está ofendido porque no quise que nadie fuera a la ceremonia de salida de la prepa. Mi hermana menor estaba en la cocina, está insoportable, es una niñita. Siempre me pregunta que se siente y se pone mi ropa y maquillaje, no le he dicho nada a mi mamá pero creo que es muy precoz. Siendo tan tonta seguramente se va a embarazar a los quince.

Abrí el refrigerador y no había nada para comer, tomé un jugo y me serví un vaso. Carolina no dejaba de verme haciéndose la interesante para que le pregunte algo. Me tomé el vaso de jugo sin dirigirle la palabra, no paraba de echarme miraditas. Iba a salir de la cocina cuando me preguntó si no quería saber dónde estaba mamá. No, le conteste y me fui a mi cuarto. Cerré la puerta y prendí la computadora.

Mi papá tocó la puerta y me preguntó si quería salir a cenar con ellos, le dije que no, insistió un par de veces pero le dije que prefería estar sola, no tenía hambre. Al final se fueron sin mí, a veces creo que ya no tenemos nada que ver. Me estaba quedando dormida cuando escuché que habían llegado, la voz de mi papá terminó por confirmarlo.

En la mañana desayune algo de fruta y me fui al escuela, no le pregunté a mi papá pero creo que mi mamá no durmió esa noche en la casa. Probablemente esté pasando algo, la

última vez que mi mamá no durmió en la casa fue porque tuvo que ir al hospital a cuidar a mi abuela.

Nos peleamos hace una semana porque no quise ir a reventarme y morir de emoción a la fiesta familiar de su tía.

Al salir de la escuela fui con Pablo a su casa, jugamos x box y tomamos unas cervezas. Antes de irme lo hicimos. Me enojé con él y me fui porque no me esperó. Me pidió perdón y le dije que lo veía mañana.

Cuando llegué a la casa aventé las llaves en la mesa y fui a la cocina para tomar agua. Creí que no había nadie en la casa hasta que caminando por el pasillo escuché la televisión del cuarto de mis papás. Tal vez mi hermana estaba con ellos, tal vez no, como sea era mejor no averiguar. Entré en mi cuarto y cerré la puerta, quería darme un baño.

Desde el baño escuché que mi papá me reclamó por no haber saludado, me quité la ropa y abrí la regadera, ¿me oíste?, preguntó mi papá cuando entré en el agua. ¿Me oíste?, preguntó de nuevo, te estoy hablando. No, no te oigo, le respondí gritando. Mientras me bañaba escuche la puerta de la salida azotarse.

Cuando salí del baño me puse shorts, una blusa y salí a la cocina, tomé jugo del refrigerador y lo bebí de la botella. Me senté en la sala y me quedé dormida viendo el televisor.

En la mañana salí de la casa un poco más temprano de lo usual, tenía examen final y no había estudiado casi nada. Pensé en marcarle a mi hermana para saber dónde estaban, no llegaron en toda la noche, pero lo dejé para más tarde.

Al salir del examen fuimos a casa de Frida y estuvimos ahí hasta las siete de la noche, tomé el metro Hangares y me bajé en Instituto del petróleo. Caminé un par de cuadras sobre Ricarte hasta la esquina con Etén para llegar a mi casa. Saqué la llave de mi mochila, la llave no entraba, pensé que me había equivocado y lo intenté con otra. Tampoco sirvió. Toqué el timbre y esperé un poco. Hacía frío, toqué de nuevo el timbre un par de veces. En la calle se escuchaban los pasos de una persona que no alcanzaba a ver. La solitaria calle hacía eco de sus pasos. Era una mujer que se me quedó mirando con desaprobación al pasar.

Desde el interior se escuchó la voz de un desconocido que me preguntó a quién buscaba. Vivo aquí, le respondí mientras daba un paso atrás y comprobaba que era la casa en la que había vivido desde que nací.

El hombre de la voz desconocida abrió la puerta y me miró como si estuviera loca, no creo que vivas aquí, esta es mi casa, dijo. Pero si es la casa de mi familia, respondí. Tal vez lo era antes pero desde hace dos años compré la casa. Es una broma ¿verdad? No, en serio es mi casa, dijo el hombre, parecía algo divertido con la situación. No ya en serio, no puede ser su casa, yo salí hoy en la mañana de aquí. El hombre cambió su semblante y me dijo muy serio: deberías buscar a tus familiares ¿necesitas ayuda?, me preguntó. No necesito ayuda, pero si voy a llamar a la policía si no salen de mí casa y me dejan pasar.

Bueno, creo que si necesitas ayuda. No creo gracias, le respondí y el hombre cerró la puerta viéndome con algo de lástima.

Fui al parque de la colonia que estaba a dos cuadras para buscar una banca y llamarle a mis padres, no sabía qué madres estaba pasando.

Al llegar al parque un vagabundo me saludó con familiaridad y seguí caminando hasta llegar a la banca que está cerca del pasamanos. Me senté, intenté llamar pero cuando terminé de marcar una máquina dijo: *este número ha sido cancelado...* Una señora sucia y gorda me saludó, se sentó junto a mi y me quiso abrazar. ¿Qué le pasa vieja loca?, le pregunté gritando. Ay Cati, otra vez andas debrayando.

Mórbido amor.

por *Chamaca del Demonio*

Lo interceptó en el baño cual atroz carcelero, Amado se limitó a recargarse en el blanco azulejo y dejarse despojar de la parte inferior de la ropa. Sintió en su miembro los labios de Santa ardiendo, absorbiéndolo como una bestia hambrienta de amor. Las manos de su esposa habían aprendido con los años la manera de hacerlo desistir de cualquier tipo de resistencia: sabían recorrer sus fuertes muslos, su poderoso plexo, sus esforzados glúteos mientras le regalaba intensos felacios que lo dejaban vacío, exangüe, liviano.

Los últimos meses, sin embargo, Amado se había distanciado de todas las sensaciones. Mientras Santa se moría en vida tratando de darle placer, él se perdía en el vago recuerdo de Fernanda: podía verla semidesnuda, bailando cadenciosamente (parecía amar a ese tubo de hierro), acariciando el suelo con sus torneadas y abiertas piernas, expuestos los senos que parecían mirarlo a él, sólo a él. Cada vez que abría los ojos miraba a Santa de rodillas ante él, absorta en su labor de fuente de goce, absorta en la carne, en la piel. La culpa no era suficiente para olvidar a Fernanda, cuando estaba frente a ella, olvidaba los años vividos con Santa, le daban ganas de girar el mundo de tal forma que el tiempo sólo existiera cuando estaba frente ella, y entonces congelar el momento del roce de su impúdica piel dorada con su pantalón conteniendo el deseo.

Los siete años con Santa se habían esfumado ya, el paso de los años había logrado distanciarlos, dividirlos. Y no es que el tiempo hubiera hecho de las suyas en el cuerpo o el rostro de su esposa, Amado simplemente fue víctima de su propia soberbia, ante los

amigos, aquel día en el que Fernanda cayó a propósito en sus piernas como con cualquier cliente, ese fatídico día en el que se hizo adicto a su perfume, al color de su voz, a los brillos de su cuerpo. Después a su baile, después a su caminar, su hablar, su respirar.

A partir de entonces no pudo dejar de verla. Sabía el gasto que implicaba asistir cada semana a un *table-dance* de esa categoría, sabía que los problemas ya existentes con su esposa empeorarían, que tendría que usar al estrés como pretexto, a los amigos a los que tendría que pagarles cervezas y algún baile privado si quería que fueran con él. Sabía que Fernanda le saldría cara, muy cara. Pero su ego alimentado por esa nueva piel le daba el valor, el deseo, la necesidad.

Naturalmente, Santa se dio cuenta desde la primera noche. Cuando lo vio llegar ese domingo casi a las seis de la mañana supo que lo había perdido. El tiempo y sus antiguas relaciones le habían enseñado a distinguir una parranda de una infidelidad. En el pantalón había preservativos y demasiado dinero como para haber sido una noche de copas cualquiera. Y cada domingo de madrugada nuevos hallazgos aparecían: nuevos olores en la ropa, brillos de maquillaje, la servilleta con el número de Fernanda... Después las innumerables llamadas a ese celular, a todas horas, entre semana, por la mañana, por la noche, cada día.

Amado negaba todo categóricamente, alegaba cansancio laboral: "de vez en cuando me hace falta desestresarme". Luego dijo ser su amigo: "no es que me guste, sólo me cae bien, es mi amiga". Y cada pretexto se fue convirtiendo en una dura saeta que Santa recibía con rabia y tristeza, mas se negaba a dejarle, a ser innecesaria para el hombre que

la había amado con demencia tantos años, que hasta hace unos meses besaba su cuerpo con locura a pesar de los problemas... el sexo siempre los salvaba... pero ahora el sexo había desaparecido.

El día que Santa los vio juntos ardió en instintos asesinos... pero el amor se lo impedía... un amor nuevo e insano que se apoderaba de ella y la hacía permanecer llorando inmóvil frente a esa imagen de pesadilla. Vio cuando se perdían abrazados entre las cortinas de un privado. Ni siquiera tuvo tiempo de recoger los pedazos de su alma que explotó en el momento que dejó de verlos... salió caminando sin rumbo, caminó durante horas hasta llegar a casa con llagas en los pies, en el alma y en la mente. Trastornada. Muerta.

Ya estaba clareando y Amado aún no llegaba. Lloró con más intensidad y se metió bajo las cobijas de esa enorme cama. Cuando el hombre al fin apareció eran cerca de las ocho de la mañana. Santa lo recibió a besos, lo desnudó y lo acorraló en sus cuatro extremidades. Le dio su cuerpo sin nada a cambio, como nunca antes, desquiciada, enferma, tristísima, indigna... su desesperación no logró despertar deseo alguno en el exhausto esposo que respondió como pudo para después dormir.

Los días de Santa se convirtieron en un abismo. Pensaba en Fernanda con tanta frecuencia que no podía dejar de hablar de ella con sus amigas, con su familia, a pesar de la vergüenza y la humillación a la que se exponía. No lograba, ni intentaba al menos, olvidar la fugaz imagen de su silueta perfecta enredándose como reptil venenoso en el cuerpo de Amado, de su amado... y él cediendo ante ese ser tan perfecto, ante esa sustancia que emitía al hablar. Ella pudo percibir su aroma, pudo percibir, aún a esa distancia, el poder

hipnotista de sus jugosas caderas, de sus tiernas nalgas seduciendo hasta a las mentes más serenas.

Pronto Santa comenzó a vestir de otra forma: amplios escotes que reforzaba con *brassieres* de relleno, pantalones entallados hasta el hueso o cortos vestidos con los que lucía los carnosos muslos. Comenzó a sentirse más deseada que nunca y tiñó su cabello de un pelirrojo radiante (eso era lo que más recordaba de Fernanda). Mientras más tardaba Amado en aparecer los fines de semana, más tiempo pasaba Santa mirándose bailar ante el espejo, deseosa de sí misma, auto complaciéndose física y mentalmente. Ya no odiaba a Amado, ahora lo recibía con poca ropa y le hacía el amor con una pasión desenfrenada, pasión que él recibía al principio con extrañeza o con miedo a la pelea que sobrevendría después por Fernanda una vez más... pero las peleas fueron desapareciendo. Santa cada vez más pródiga, más ardiente, más enérgica, sensual, complaciente.

Después de varios meses de agonía Santa sintió el urgente deseo de volver al bar. Sintió ganas de deshacerse de tantos pensamientos acerca de su rival (mejor dicho, de su vencedora), quiso ya nunca más pensar en ella, ni en Amado; quiso regresar los momentos, haber parado a tiempo, haber olvidado, muerto, dormido. Miró su roja cabellera y sintió asco de sí misma, de Amado, de su amor. Resolvió enfrentarlos ese sábado por la noche y terminar con su infierno de una vez por todas. Volvió a ser ella misma: su cabello, su ropa, su maquillaje.

Llegó al exclusivo lugar y pidió la misma mesa que la primera vez. Si hay algo que Amado no cambia es ese afán de sentarse siempre en el mismo lugar. Distinguió a lo lejos el

maravilloso cuerpo de Fernanda, hablando sin palabras, con el solo ritmo de sus perfectas piernas. Por un momento creyó disfrutar la armonía de sus músculos al compás de *bang bang, my baby shot me down*. Reaccionó cuando sintió húmedas las mejillas, los puños crispados, mordidos sus propios labios.

La vio acercarse a su Amado, sentarse en sus piernas como, suponía, siempre lo hacía. Después de varias cervezas, en las que brindó con ellos en silencio y a distancia, se decidió a aproximarse, pero advirtió que entre risas se levantaban de la mesa y se dirigían al privado. Resolvió seguirlos de lejos, esperar unos minutos y luego sorprenderlos. Su corazón latía con un estrepitoso escándalo, sentía que la azotaba en las paredes cada vez que latía.

Cuando atravesó la cortina Amado salió al baño sin percatarse de su presencia. Entonces Santa abrió la cortina que estaba entrecerrada y pudo ver a Fernanda de espaldas, a la perfecta proporción de su espalda, su cintura, sus caderas, sus piernas. Pareció comprender a Amado y comenzó a compadecerse de sí misma; se sintió débil, humana, indefensa.

Amado regresó con el cabello y el rostro húmedos, pasaba las manos sobre sus ojos para quitar el exceso de agua mientras sus oscuros rizos resbalaban lagrimeando sobre su frente. Sin el exceso de agua la luz entró por sus ojos y se coaguló cuando miró con claridad a su Fernanda atrapada entre los brazos de aquella Santa. La distinguió besándola sin escrúpulos. Fernanda urgente, ávida, sedienta... Santa lloraba mientras le susurraba lo mucho que la amaba: "no sabes cuánto esperaré este día, no sabes cuánto lo esperaré"...

Cielo raso

por *Cabramutis*

Él estaba parado frente a la ventana. La callejuela a la que daba la habitación siempre había sido oscura, con apenas un foco redondo que se apagaba de vez en cuando pero que con ella tenía simpatía. Cada vez que resonaba el primer tacón en el estrecho sendero, éste se encendía y mantenía en vilo su luz hasta que resonara la disonante melodía de ambos zapatos en el suelo.

Él, realmente cansado de la jornada, fumaba su último cigarrillo saboreándose en la simultánea pereza- de saber que al salir de allí debería ir a comprar- y el disfrute, por ser el último.

¿Por qué no podía hacer lo mismo con ella? Sentir que es la última vez, y saborearla, exprimirla hasta las vísceras aferrándose a su cuerpo, hincándose los huesos de su pelvis en su pecho mientras le besaba el ombligo. ¿Por qué no podía sentir la caída y el peso de sus cabellos enredándose en sus manos mientras la liberaba de la presión que mantenía en gravedad convencional sus tetas? Esas tetas tristes, siempre con mirada perdida. Nunca mirándolo a él.

Ella parecía estar envuelta siempre en desmesura y pasión, aunque silenciosa. Él nunca se preguntó por qué, simplemente se jactaba de su virilidad consabida que la enmudecía y se regocijaba besándole los tobillos viéndola arquearse hasta que casi su cuello enarbolaba el paralelismo al respaldar de la cama. Su alma está yéndose, eso parecía.

Fumando lentamente y casi húmedo su pecho de duda, sintió que al menos un placer era que ella no le dijese nada, que no se diera cuenta. Raúl, no estás haciendo bien las cosas, Raúl trátame con suavidad, Raúl aprovéchame ya que siempre estás de paso, Raúl la callejuela.

Sin embargo ella aún permanecía sentada en la cama colocándose unos escaarpines viejos para luego dirigirse a la cocina improvisada y amarillenta, colocar la pava al fuego y encender unas velas aromáticas. Siempre que terminaban de hacerlo ella perfumaba la casa nuevamente y se bañaba, en una especie de restauración de la armonía y recuperación de energía. Era casi como si él ya se hubiese ido, sin embargo, él la sentía y la imaginaba aún así, sentada en la orilla de la cama, inocente e ingenua, mirándolo fumar y pensando que él estaba triste y anhelando una solución para calmar su dolor, tal vez al menos algo, en esos ratos que tenían. Para él, ella estaba ahí, en esos diez minutos de cigarrillo mirándolo, ansiando formar parte de él, y él ni dándose cuenta aunque sí, claro que se daba cuenta que ella estaba dándose cuenta y que estaba ahí mirándolo. Sentía fuertemente su presencia, atrás, ella casi como desvistiendo su espalda, ese cuadro usual (¿casual?).

Ella tenía pies tan ligeros que caminaba por la casa y levantaba toda esa nube de ausencias y lilas dormidas, casi sin emitir un mínimo sonido. Hasta el de la ducha podía ser fácilmente otra cosa, la tele de la chica de al lado que otra vez se olvidó de apagarla. Ella era así, y luego ya salía y bañada, nuevamente desnuda se arrojaba en la cama, con sus piernas cruzadas colgando al abismo del suelo y su diafragma abriéndose al techo, sus

tetas indiferentes entre sí, cada una mirando a lados opuestos y sentía la calma, la quietud que duraba unos segundos que alargaba al máximo hasta que de pronto él, se daba vuelta rompiendo la tela de humo que se había formado en el aire y se dirigía a ella, le daba un beso en la frente, posando su mano en su cabeza y en alguna parte de él, Raúl se extrañaba del pelo mojado aunque sin generarle un interés trascendental.

Y sale. Ella se siente ahí y es su lugar de confort, porque ya conoce todas las grietas del cielo raso y la puerta que se cierra que indica que Raúl otra vez se va a trabajar y también que se cansará de vuelta en el trabajo, comprará cigarrillos en un intermedio porque se olvidará de comprarlos ahora al salir y que al volver, tal vez, irá con Laura, a contarle lo triste que es mantener semejante empresa y tan pequeña casa con una mujer que no entiende nada que no sabe comprender lo difícil que resulta.

Laura le dará unos besos en el oído y él se sentirá complacido y hasta su vacío se sentirá llenado, agradecerá condescendiente la compañía de Laura que se sabe de una u otra cosa es algo que entre ellos saben, una complicidad. O tal vez tan sólo hospitalidad entre vecinos.

Él saldrá de nuevo a la calle, dará la vuelta a la esquina donde dejó el auto, y arrancará no sin antes suspirar y acariciarse la oreja con cariño, sentirla húmeda y con vestigios del labial de Laura, y preguntándose por qué toda esa ficción innecesaria -si nada pasa, se peinara en el espejo retrovisor y regresará a su casa estacionando al frente chocándose un par de tachos que servirán de preludio de su llegada. En el camino irá nuevamente recuperando su estado de ansiedad y de soledad, para llegar a casa donde ella estará con

las tetas escondidas en algún chal, la comida caliente y una sonrisa compungida. Y él nuevamente estará cansado, ella lo consolará, le dará valor, le ayudará a levantar su hombría, a hacerlo sentir fuerte y le llenará de jugo y semillas la boca. Semillas que luego cuando den fruto, cosechará Laura.

El consultorio de Tito Piñero

¿De qué color es el caballo blanco de San

Martín? (Luis Alberto, de Lastenia)

Adicto. Siguiente pregunta.

Tito: ¿pudo ver la otra noche el eclipse de

luna? (Verónica, de Yerba Buena)

Estimada Verónica: la respuesta es no, no me levanté a verlo. La explicación: no soy un adicto a la marihuana verde como usted, que anda despierta a la noche. Esto ya lo he explicado miles de veces: la marihuana produce serias alteraciones deformantes en los órganos intervinientes en el proceso del sueño humano. La conocida Universidad de Tilcara advierte que 9 de cada 10 sonámbulos que circulan por las calles a horas de madrugada son adictas a la mítica marihuana. El acto de no conciliar el sueño es una clara manifestación orgánica de todo adicto reclamando desesperadamente su droguita. En el síndrome del Hombre Dormiente –descubierto por mí– formulo las

irrefutables bases científicas que demuestran que el ser humano sólo duerme cuando se siente satisfecho. Y adivinen: una persona despierta a la madrugada sólo responde a la clara sintomatología de un adicto insatisfecho buscando más y más droga. Ya sé: va a decirme que se levantó a mirar el eclipse. Patrañas, burdas y pueriles patrañas; usted no engaña mi GPS de adictos. El adicto cree tener ilusión de control. Mi prestigioso colega argentino Claudio Von Naziguirre ha dicho en una disertación en Las Varillas, justo el día del eclipse: “Si cada familia peruana tuviese un adicto, Argentina sería un país mejor”, y acto seguido ungió con un vaso en la cara al único ordenanza que quedaba en la sala escuchándolo mientras limpiaba. La Universidad de los Cárpatos ha publicado un estudio fortísimo: los delincuentes que matan de noche, es porque de noche no duermen. Y una persona sin dormir –o mirando eclipses– es un adicto, para colmo delinquiendo. No, Verónica, yo de noche me acuesto temprano, pues soy una persona de

bien. Claro, ahora aparecen los despreciables homeópatas, y en otro intento por legalizar la milenaria marihuana dirán que cualquiera duerme rico tomando un té de lechuga, y cuando se hayan quedado sin argumentos acudirán a las difamaciones, como la vez que me acusaron de vender hisopos que no limpiaban la cera; pero les recuerdo que jamás fui preso por esa denuncia, porque cuando la policía fue a buscarme a mi domicilio en madrugada yo no estaba. Y si ahora tanto les preocupa la higiene de orificios, que vengan por mi consultorio y les meto un hisopo XXL por el culo. Pero no voy a ponerme violento, es algo que no hago en ayunas. La adicción a la marihuana afecta a mucha gente que no vuelve a dormir jamás en su vida, y por consiguiente deja de estudiar, de trabajar, y comienza a delinquir. El primer zombie de la historia fue adicto a la tenebrosa marihuana. Rodrigo Fabiani, el marxista-prohibicionista uruguayo que más tiempo lleva cursando el 5to año de Psicología, se ha manifestado al respecto en

un bar: “Oh madre, madre, si tus ojos te vieran, me hablaría con mi boca, madre mía, mía madre, oh sí nena, oh sí”. Escuche, hasta existen formulados matemáticos que demuestran la relación andar-de-noche/adicción: la famosa propiedad transitiva. Dados los puntos A, B y C, el punto A anda de noche, y el punto B es tremendo adicto, implica que A y B son iguales y a los 2 les gusta la marihuana en el punto C. Acabo de descubrir el síndrome de la transitividad en la adicción, pero en su honor lo voy a bautizar como Síndrome Verónica. El temible virus de la adicción a la marihuana humeante se demuestra hasta por vías matemáticas. No en vano la ciencia ha demostrado que los índices de peligrosidad de una persona son más altos en los que salen de noche. De este modo es como se derrite la mielina, elevando los valores de peligrosidad y malignidad en sangre de la psiquis humana. Un día, con tiempo, les voy a contar la triste historia de la adicción del brillante cantante de la banda Juani Juanelo y sus donjuanes, o

cómo gracias a la marihuana el delincuente Danny Pistolón pasó de ser monaguillo a violador de ancianas. Su familia sufre con cada desvelo suyo, Verónica, ¿o acaso cree que la leyenda del Lobizón es como se la cuentan? Y deje de hacer apología al consumo, en su pregunta se nota el daño que le quiere hacer a la juventud sana. Mejor dejo de responderle, me ha indignado. A los demás lectores que vengan a mi clínica a internarse, así sea por las dudas y sin que yo les diagnostique antes una adicción, por el sólo ingreso viene de regalo un síndrome con su nombre: una oportunidad inigualable de quedar en la historia gracias a mí.

Tito Piñero es especialista en adicciones del Uruguay, graduado en la Universidad de Antananarivo. Es director de la clínica "To be free is not free", y ostenta orgullosamente el record de ser la persona que más adicciones ha diagnosticado en el mundo.